

***No coceéis a Rosa Luxemburg***  
**León Trotsky**  
**28 de junio de 1932**

(Tomado de “No coceéis a Rosa Luxemburg”, en AAVV, *Revista Comunismo (1930-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 499-506, que reproduce el artículo publicado en *Comunismo*, número 16, septiembre de 1932.)

El artículo de Stalin sobre “ciertos problemas de la historia del bolchevismo” lo he recibido con gran retraso. Pero, aun habiéndolo recibido, no he podido decidirme a leerlo durante mucho tiempo, porque esta clase de literatura es indigesta, como si se tratara de limaduras o de pelo de cerdo picado. Pero, después de haberlo leído, he llegado, cuando menos, a esta conclusión: no se debe dejar en silencio este documento, aunque sólo sea porque constituye una calumnia descarada y vergonzosa contra Rosa Luxemburg<sup>1</sup>.

Stalin clasifica a la gran revolucionaria en el campo centrista. Stalin demuestra (mejor dicho, afirma) que desde su advenimiento se orientó el bolchevismo hacia la escisión con el centro kautskysta, mientras que Rosa Luxemburg amparaba a Kautsky<sup>2</sup> desde la izquierda. Citemos sus propias palabras: “Aun mucho antes de la guerra, desde 1903-1904, aproximadamente, cuando se formó en Rusia el grupo de los bolcheviques y cuando la izquierda de la socialdemocracia alemana se hizo oír por primera vez, Lenin se orientó hacia la ruptura, hacia la escisión con los oportunistas, tanto en el partido socialdemócrata ruso como en la Segunda Internacional y, particularmente, en la socialdemocracia alemana. Sin embargo, si la ruptura no se ha producido es únicamente porque los socialdemócratas de izquierda en la Segunda Internacional<sup>3</sup>, y ante todo la socialdemocracia alemana, representaban un grupo vacilante y débil que tenía miedo a pronunciar la palabra *ruptura, escisión*.”

Tal es la tesis fundamental del artículo. Los bolcheviques a partir de 1903 estuvieron por la ruptura no sólo con la derecha, sino también con el centro kautskysta; en cuanto a Rosa Luxemburg, ella temía hasta pronunciar en alta voz la palabra “escisión”.

Para adelantar una tesis tal hace falta no conocer nada de la historia de su propio partido y ante todo de la evolución ideológica de Lenin. En 1903-1904 Lenin fue el adversario implacable del oportunismo en la socialdemocracia alemana. Pero no consideraba oportunista más que la corriente oportunista, cuyo teorizante era Bernstein. Kautsky se encontraba entonces en lucha contra Bernstein. Lenin consideraba a Kautsky “su maestro” y lo subrayaba cuanto podía. En los trabajos de Lenin durante esta época, lo mismo que en una serie de años siguientes, no encontramos ni huella de crítica de principios dirigida contra la corriente Bebel-Kautsky. He aquí lo que Lenin escribía en su folleto *Dos tácticas* hacia la mitad de 1905: “¿Dónde y cuándo he calificado de “oportunismo” el revolucionarismo de Bebel y Kautsky? ¿Dónde y cuándo he pretendido crear una corriente particular cualquiera en la socialdemocracia internacional distinta de la de Bebel y Kautsky? ¿Dónde y cuándo se han manifestado divergencias entre yo, de una parte, y Bebel y Kautsky de otra?... La solidaridad completa de la socialdemocracia

<sup>1</sup> En estas mismas EIS: [Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano](#).

<sup>2</sup> En nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria: Obras escogidas de Karl Kautsky](#).

<sup>3</sup> En nuestras EIS: [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales e Internacional de Mujeres Socialistas](#).

revolucionaria internacional en los problemas más importantes de programa y de táctica es un hecho indiscutible”. Las palabras de Lenin son hasta tal punto claras, precisas y categóricas que agotan de un golpe toda la cuestión.

Un año y medio después, el 7 de diciembre de 1906, Lenin escribía en el artículo “La crisis del menchevismo”: “Hemos declarado desde el comienzo (véase *Un paso adelante, dos pasos atrás*), que nosotros no constituimos ninguna tendencia “bolchevique” particular; no hacemos más que defender en todas partes y siempre el punto de vista de la socialdemocracia revolucionaria. Y hasta la revolución social la socialdemocracia presentará inevitablemente un ala oportunista y un ala revolucionaria”.

Hablando del menchevismo como de un ala oportunista, Lenin los acusaba no de kautskismo, sino de revisionismo. En cuanto al bolchevismo, no lo consideraba como la forma rusa de Kautsky, sino que en esta época se identificaba a sus ojos con el marxismo. La última cita muestra además que Lenin no fue categóricamente partidario de la escisión con los oportunistas; no sólo la admitía, sino que consideraba “inevitable” la presencia de los revisionistas en el seno de la socialdemocracia hasta la revolución social.

Dos semanas después, el 20 de diciembre de 1906, Lenin saluda solemnemente la respuesta de Kautsky a la encuesta de Plejánov<sup>4</sup> sobre el carácter de la revolución rusa: “Lo que nosotros hemos pretendido (la defensa de las posiciones de la socialdemocracia revolucionaria contra el oportunismo y de ningún modo la creación de una corriente bolchevique “original” cualquiera), Kautsky lo ha confirmado enteramente ...”

En estos límites la cuestión está, así lo esperamos, perfectamente clara. Según Stalin, Lenin exigía ya en 1903 la ruptura en Alemania con los oportunistas no sólo del ala derecha (Bernstein), sino también del ala izquierda (Kautsky). Ahora bien; en diciembre de 1906 Lenin demostraba con orgullo a Plejánov y a los mencheviques que la corriente de Kautsky en Alemania y de los bolcheviques en Rusia eran idénticas. Tal es la primera parte de la incursión de Stalin en la historia de las ideas del bolchevismo. ¡La buena fe y la erudición del explorador alcanzan el mismo nivel!

Inmediatamente después de su afirmación concerniente a los años 1903-1904, Stalin da un salto al año 1916 y se refiere a la crítica violenta que hizo Lenin del folleto de guerra de Junius<sup>5</sup>, es decir, de Rosa Luxemburg. Sí; en esta época Lenin ya había declarado una lucha implacable al kautskismo y había sacado todas las conclusiones necesarias en materia de organización. Es evidente que Rosa Luxemburg no planteaba el problema de la lucha contra el centrismo de una manera tajante; aquí la ventaja estaba enteramente de parte de Lenin. Pero entre octubre de 1916, fecha en que Lenin criticó el folleto de Junius, y el año 1903, fecha del advenimiento del bolchevismo, han transcurrido trece años. Durante la mayor parte de este período Rosa Luxemburg se ha encontrado en oposición con Kautsky y el comité central bebeliano, acentuando cada vez más su lucha contra el “radicalismo” formal, pedantesco y podrido de Kautsky.

Lenin no participó en esta lucha y no sostuvo a Rosa Luxemburg hasta 1914. Absorbido apasionadamente por los asuntos rusos, observaba una prudencia extrema en los problemas internacionales. Lenin tenía por Bebel y Kautsky como revolucionarios mucha más consideración que Rosa Luxemburg, que los observaba más de cerca en la acción. La capitulación de la socialdemocracia el 4 de agosto fue para Lenin completamente inesperada. Es sabido que Lenin consideró el número de *Vorwärts* que contenía la declaración patriótica de la fracción socialdemócrata como una falsedad del estado mayor alemán. Sólo cuando se hubo convencido definitivamente de esta verdad monstruosa revisó Lenin su apreciación de las corrientes fundamentales de la

---

<sup>4</sup> En nuestro sello hermano *Alejandría Proletaria: Obras escogidas de G. V. Plejánov*.

<sup>5</sup> *El folleto de Junius. La crisis de la socialdemocracia*, en estas mismas EIS.

socialdemocracia alemana. Hagamos notar que Lenin realizó este trabajo de revisión a la manera leninista, es decir, sacado de un golpe todas las consecuencias hasta el fin.

El 27 de octubre de 1914 Lenin escribía a Chliapnikov: "... Odio y detesto *ahora* a Kautsky más que a todos los otros. ¡Qué hipocresía repugnante, mezquina y llena de suficiencia!... R. Luxemburg tenía razón. Ella comprendió *hace tiempo* que Kautsky no era más que un teórico servil" o, para hablar simplemente, un lacayo de la mayoría del partido, del oportunismo." (*Colección leninista*, página 200, edición rusa, subrayado por mí.) Aun no existiendo otros documentos (y los hay a centenares), sólo estas pocas líneas bastarían para esclarecer definitivamente la historia del problema. Lenin cree necesario, hacia fines de 1914, informar a uno de sus colaboradores más próximos de la época que "ahora", *en la hora actual, hoy, contrariamente al pasado, "odia y detesta" a Kautsky*. La violencia de la fórmula demuestra, sin que podamos llamarnos a engaño, en qué medida Kautsky había defraudado la confianza de Lenin. No menos clara es la segunda frase: "R. Luxemburg tenía razón y comprendió *hace mucho tiempo* que Kautsky no era más que un "teórico servil". Lenin se apresura aquí a reconocer lo que él no había pensado todavía o a lo menos lo que no admitía enteramente: que Rosa Luxemburg tuviera razón.

Estos son los jalones cronológicos más importantes de la cuestión y son al mismo tiempo los jalones más importantes de la biografía política de Lenin. Es un hecho indiscutible que su curso ideológico se desenvuelve según un curso de crecimiento ininterrumpido. Pero precisamente esto significa que Lenin no se ha "convertido" en Lenin en un solo día como lo presentan los pintores de iconos de Souzdal, sino que se ha forjado a sí mismo: Lenin ampliaba su horizonte y se instruía en otro, superando constantemente el nivel ya conquistado. En esa tenacidad, en ese constante esfuerzo intelectual para superarse, es como se afirmaba su espíritu temerario. Si Lenin hubiera comprendido y formulado desde 1903 las respuestas a todos los problemas del futuro, él no habría hecho en todo el resto de su vida más que repetirse constantemente. En realidad, las cosas han pasado de un modo completamente distinto. Stalin no hace más que estalinizar a Lenin adaptándolo a sus esquemas numerados.

En la lucha de Rosa Luxemburg contra Kautsky, y sobre todo en los años 1910-1914, los problemas de la guerra, del militarismo y del pacifismo ocuparon un gran lugar. Kautsky defendía el programa reformista: limitación de armamentos, tribunal internacional, etc. Rosa Luxemburg luchaba firmemente contra este programa por considerarlo ilusorio. Lenin manifestaba vacilaciones en esta cuestión, pero en un determinado período estuvo más cerca de Kautsky que de Rosa Luxemburg.

Según mis conversaciones de la época con Lenin, recuerdo que le impresionó mucho el siguiente argumento de Kautsky: en las cuestiones internacionales, lo mismo que en las interiores, las reformas son producto de la lucha de clases revolucionaria; ciertas garantías ("reformas") en las relaciones internacionales pueden conseguirse por la lucha de clases internacional. Lenin creía que se podía apoyar perfectamente esta posición de Kautsky, a condición de que Kautsky, después de su polémica contra Rosa Luxemburg, se encargara de atacar a los derechistas (Noske y compañía). Yo no puedo ahora decir de memoria en qué medida estas ideas tuvieron expresión en artículos de Lenin; ello exigiría un trabajo especial y meticuloso. Tampoco puedo afirmar de memoria en qué momento se han disipado las vacilaciones de Lenin en esta cuestión. Pero de todos modos estas vacilaciones fueron expresadas no sólo en conversaciones, sino también en la correspondencia. El poseedor de una de estas cartas es Karl Radek.

Creo necesario aportar aquí un testimonio importante en esta cuestión para ver de conservar un documento de excepcional valor para la biografía teórica de Lenin. En el otoño de 1926, durante nuestra colaboración colectiva de la plataforma de la Oposición de Izquierda, Radek nos mostró a Kámenev, Zinóviev, a mí y también sin duda a otros

camaradas la carta que le dirigió Lenin (¿en 1911?) y que constituía una defensa de Kautsky contra las críticas de la izquierda alemana. Según la decisión del comité central, Radek, como otros camaradas, debiera haber remitido esta carta al Instituto de Lenin. Pero por temor a que fuera ahogada, si no destruida, en la fábrica estalinista de falsedades, Radek decidió guardar la carta hasta tiempos mejores. Estas consideraciones de Radek no carecían de fundamento. Después Radek se ha convertido él mismo en un participante, aunque poco responsable, suficientemente activo en la preparación de falsedades políticas. Bastará recordar que Radek, que, contrariamente a Stalin, conoce bien la historia del marxismo y, de todos modos, conoce la carta de Lenin, cree posible solidarizarse abiertamente con la apreciación imprudente que Stalin hace de Rosa Luxemburg. Que Radek actúe bajo el látigo de Yaroslavsky eso no atenúa su culpabilidad, pues sólo los esclavos despreciables renuncian a los principios del marxismo en nombre de los principios del látigo.

Pero, con todo, no se trata ahora de las características personales de Radek, sino de la suerte de la carta de Lenin. ¿Qué ha sido de ella? ¿Sigue Radek sustrayéndola al Instituto de Lenin? Es poco probable. Seguramente la ha remitido, entre otras, en calidad de testimonio material de su fidelidad inmaterial. ¿Cuál ha sido la suerte de esta carta? ¿Se encuentra en los archivos de Stalin, entre los documentos comprometedores para sus colaboradores más próximos, o bien ha sido destruida como otros muchos documentos concernientes al pasado del partido?

No puede haber ni sombra de razón política para disimular una carta escrita hace una veintena de años y sobre un problema que sólo tiene interés histórico. Pero precisamente el valor histórico de la carta es lo excepcionalmente grande. Nos muestra a Lenin tal como era en realidad y no tal como lo han creado a su imagen los burócratas limitados que pretenden poseer el don de la infalibilidad. Nosotros planteamos esta cuestión: ¿Dónde está la carta de Lenin dirigida a Radek? ¡Pongamos la carta de Lenin sobre el tablero del partido y de la Internacional Comunista!

Si se toman las divergencias entre Lenin y Rosa Luxemburg en conjunto, es indiscutiblemente Lenin quien tenía razón. Pero ello no excluye que en ciertas cuestiones y en períodos dados no haya tenido razón Rosa Luxemburg contra Lenin. Sin embargo, estas divergencias, a pesar de su importancia, y hasta a veces de su extrema acuidad se han desenvuelto sobre la base de la política proletaria revolucionaria que les fue común.

Cuando Lenin, echando una mirada atrás, escribía, en octubre de 1919 (“Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes”): “...en el momento de la conquista del poder y de la creación de la república soviética el bolchevismo estuvo solo y atrajo a sí *lo mejor de las corrientes del pensamiento socialista que le eran próximas.*” Al escribir esto Lenin también tenía en cuenta sin duda la tendencia de Rosa Luxemburg, cuyos compañeros de ideas más próximos, como Marchlewski, Dzerzhinsky y otros, militaron en las filas bolcheviques.

Lenin conocía los errores de Rosa Luxemburg más profundamente que Stalin. Pero, no por azar, citó un día, y precisamente a propósito de la Luxemburg, este viejo adagio: “Pueden las águilas descender hasta el nivel de las gallinas, pero nunca pueden las gallinas alcanzar la altura de las nubes”. Por eso, precisamente por eso, debiera Stalin exhalar su mediocridad rencorosa con más prudencia ante una personalidad de la envergadura de Rosa Luxemburg.

En el artículo “Sobre la historia de la dictadura” (octubre de 1920) escribía Lenin, refiriéndose a las del poder soviético y de la dictadura del proletariado, cuestiones que ya se habían planteado en 1905: “Los representantes del proletariado revolucionario y del marxismo no falsificado tan eminentes como Rosa Luxemburg, apreciaron inmediatamente la importancia y la sometieron en las reuniones y en la prensa a un

análisis crítico”. Por el contrario, “las gentes del tipo de los futuros kautskystas manifestaron una incapacidad total para comprender la importancia de esta experiencia”. En unas pocas líneas se reconoce toda la importancia histórica de la lucha de Rosa Luxemburg contra Kautsky, lucha de la cual Lenin estuvo muy lejos de comprender inmediatamente su alcance. Si para Stalin, para el aliado de Chiang-Kai-shek y el compañero de armas de Purcell, el teórico del “partido obrero y campesino”, de la “dictadura democrática”, de “no rechazar a la burguesía”, etc., Rosa Luxemburg es la representante del centrismo, para Lenin es la representante del “marxismo no falsificado”. Lo que esto significa en la pluma de Lenin, basta haber conocido un poco a Lenin para medirlo.

Observemos al mismo tiempo que en las notas de las obras completas de Lenin se dice, entre otras cosas, de Rosa Luxemburg: “Durante el desarrollo del revisionismo bernsteiniano, y más tarde en la época del ministerialismo (Millerand), la Luxemburg desencadenó, una guerra decisiva contra esta corriente colocándose en el ala izquierda del partido alemán... En 1907 participó, como delegada de los socialdemócratas de Polonia y Lituania, en el Congreso de Londres del partido socialdemócrata ruso, donde sostuvo a la fracción bolchevique en todas las cuestiones fundamentales de la revolución rusa. A partir de 1907 la Luxemburg se ha consagrado enteramente al trabajo alemán, ocupando una posición de izquierda radical y en lucha contra el centro y el ala derecha... La parte que tomó en la insurrección de enero de 1919 hizo de su nombre *una bandera de la revolución proletaria*”.

Claro está que el autor de la nota manifestará sin duda mañana su arrepentimiento y declarará que en tiempos de Lenin su pluma estaba ciega y que sólo ha adquirido plena claridad bajo Stalin. Hoy las declaraciones de este género (mezcla de simpleza, de cretinismo y de bufonería) [no cambian] el asunto: “Lo que la pluma escribe no puede extirparlo el hacha”, dice el proverbio ruso. Sí; Rosa Luxemburg se ha convertido en la bandera de el proverbio ruso. Sí; Rosa Luxemburg se ha convertido en la bandera de la revolución proletaria.

¿Pero por qué, por qué Stalin se ha puesto (¡con tal retraso!) a revisar la antigua apreciación bolchevique sobre Rosa Luxemburg? Como todas sus piltrafas anteriores en el dominio de la teoría, la más escandalosa es el producto lógico de su lucha contra la teoría de la “revolución permanente”. En su artículo “histórico”, Stalin consagra una vez más a esta teoría la mayor parte. No dice nada nuevo. Nosotros ya hemos respondido hace tiempo a todos sus argumentos en nuestro folleto *La revolución permanente*<sup>6</sup>. Bajo el ángulo histórico la cuestión está suficientemente aclarada, así lo creemos en el segundo tomo de la *Historia de la Revolución de Octubre*<sup>7</sup>. Aquí la cuestión de la revolución permanente no nos interesa más que en la medida en que Stalin la mezcla al nombre de Rosa Luxemburg. Inmediatamente veremos cómo se las ha ingeniado el filósofo de las desgracias para tenderse una trampa a sí mismo.

Después de haber recordado las disensiones entre bolcheviques y mencheviques sobre la cuestión de las fuerzas motrices de la revolución rusa<sup>8</sup>, encontrando en ello el medio para acumular en unas pocas líneas una serie de errores que no podemos revelar aquí, Stalin escribe: “¿Cuál fue la actitud en estas discusiones de dos socialdemócratas alemanes de izquierda, de Parvus y de Rosa Luxemburg? Ellos inventaron un esquema utópico y semimenchevique de la teoría de la revolución permanente... Luego este esquema utópico y semimenchevique de la teoría de la revolución permanente fue cogido por Trotsky (parcialmente por Márto) y transformado en instrumento de lucha contra el

---

<sup>6</sup> L. Trotsky, *La revolución permanente*, en nuestras OELT-EIS.

<sup>7</sup> L. Trotsky, *Historia de la revolución rusa (obra completa en un tomo)*, en nuestras OELT-EIS.

<sup>8</sup> L. Trotsky, *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución*, en nuestras OELT-EIS.

leninismo...” Tal es la historia inesperada de la creación de la teoría de la revolución permanente, según las últimas investigaciones históricas de Stalin. Pero el investigador, ¡ay!, se olvida de echar una mirada a sus precedentes y sabias obras. En 1925, el mismo Stalin se había pronunciado sobre esta cuestión en su polémica contra Radek. He aquí lo que escribía entonces: “No es cierto que la teoría de la revolución permanente fuera planteada en 1905 por Rosa Luxemburg y Trotsky. En realidad, esta teoría ya había sido expuesta antes por Parvus y Trotsky”. Se puede encontrar esta afirmación en la página 185 de la edición rusa de las *Cuestiones de leninismo*. Es de esperar que se encuentre también en todas las ediciones extranjeras.

Así, en 1925, Stalin proclama la inocencia de Rosa Luxemburg de un pecado mortal: la participación en la elaboración de la teoría de la revolución permanente. “En realidad, esta teoría fue expuesta antes por Parvus y Trotsky.” En 1931 aprendemos en el mismo Stalin que han sido netamente “Parvus y Rosa Luxemburg quienes han... inventado el esquema utópico y semimenchevique de la revolución permanente”. En cuanto a Trotsky, ya no es culpable de haber elaborado esta teoría, sino que no hizo más que “tomarla” en compañía ... ¡de Mártov! Stalin es sorprendido una vez más con la mano en el saco. ¿Se trata de ignorancia crasa o es que se ensaña en embrollar las cartas en las cuestiones fundamentales del marxismo? En realidad, no es justo plantear tal dilema, porque sucede lo uno y lo otro. Las falsificaciones estalinistas son conscientes en la medida en que están dictadas en cada momento por intereses personales bien determinados. Pero también son, al mismo tiempo, medio inconscientes, debido a su ignorancia grosera en el dominio de la teoría, pues sólo se preocupa de arreglar las cosas de modo que no contradigan sus intereses del día.

Pero el hecho está ahí. En la lucha contra el “contrabando trotskysta”, Stalin ha encontrado en 1931 un nuevo enemigo personal: Rosa Luxemburg. No ha vacilado ni un instante en calumniarla, y antes de poner en circulación grandes dosis de grosería y deslealtad, no se ha preocupado tan siquiera de revisar lo que él mismo había escrito sobre la misma cuestión cinco años antes.

La nueva variante de la historia de las ideas del bolchevismo está dictada, ante todo; por el deseo de servir un plato más cargado de especias que los precedentes. Es inútil añadir que Mártov es traído aquí por los pelos para condimentar mejor el plato teórico-histórico. Mártov ha tenido siempre una actitud hostil a la teoría y a la práctica de la revolución permanente y ha subrayado más de una vez que las posiciones de Trotsky sobre la revolución habían sido refutadas tanto por los bolcheviques como por los mencheviques. Pero sobre esto no vale la pena detenerse.

Es una verdadera fatalidad: no hay ni una cuestión importante de la revolución proletaria internacional sobre la que Stalin no haya emitido dos opiniones diametralmente opuestas. Sabemos que en abril de 1924 demostraba en sus *Cuestiones de leninismo* la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país. En otoño del mismo año rectificó en la nueva edición del libro este pasaje para demostrar (es decir, para afirmar pura y simplemente) que el proletariado “*puede y debe*” construir el socialismo en un solo país. Todo lo demás del texto ha permanecido sin cambiar. En la cuestión del partido obrero y campesino, en la de las conversaciones de Brest-Litovsk, en la cuestión de la dirección de la Revolución de Octubre, en la cuestión nacional, etc., etc., Stalin ha tenido ocasión de anticipar en el espacio de algunos años (a veces de algunos meses) opiniones diametralmente contradictorias. Sería falso atribuirlo todo a la mala memoria. Lo que pasa es mucho más grave: Stalin está completamente desprovisto de métodos de pensamiento científicos y de criterios de principio. El aborda cada cuestión como si acabara de surgir, y se encontrara aislada de todas las demás cuestiones. Su juicio responde a sus intereses diarios. Las contradicciones que lo confunden son la

consecuencia de su empirismo vulgar. Rosa Luxemburg no se presenta para él bajo la perspectiva del movimiento obrero alemán, polaco y mundial de la última mitad del siglo. No; para Stalin se trata de una figura nueva cada vez y aislada respecto a la cual está obligado a preguntarse en cada circunstancia: ¿Es amigo o enemigo? El instinto le ha sugerido esta vez al teórico del socialismo en un solo país que la sombra de Rosa Luxemburg le es implacablemente hostil. Pero eso no impide que la gran sombra siga siendo la bandera de la revolución proletaria mundial.

Rosa Luxemburg criticaba desde la prisión en 1918, muy severamente, y en conjunto falsamente, la política bolchevique. Pero aun en este trabajo, que figura entre sus trabajos más erróneos, se perciben sus alas de águila. He aquí su apreciación general de la Revolución de Octubre: “Todo lo que el partido está en condiciones de mostrar en el dominio de la energía, de la perspectiva de la acción y de la consecuencia revolucionaria, lo han cumplido enteramente Lenin, Trotsky y sus camaradas. Todo el honor revolucionario y la aptitud en la acción que faltaron a la socialdemocracia de Occidente estaban representados por los bolcheviques. Su insurrección de octubre no sólo fue el saludo real de la revolución rusa, sino que también representaba el honor del socialismo internacional”<sup>9</sup>. ¿Es ésta la voz del centrismo?

Rosa Luxemburg somete después a una crítica severa la política bolchevique en el dominio agrario, en la consigna de autodeterminación nacional y en la renuncia a la democracia formal. En esta crítica dirigida contra Lenin y contra Trotsky no hace, digámoslo de paso, ninguna distinción entre sus puntos de vista, y, sin embargo, Rosa Luxemburg sabía leer, escribir y percibir matices. Ni siquiera se le ha ocurrido, por ejemplo, la idea de reprocharme mi solidaridad con Lenin en la cuestión agraria ni de haber cambiado de posiciones respecto a los campesinos. Sin embargo, ella conocía bien estas posiciones, puesto que las he explicado en detalle en su periódico polaco en 1909... Rosa Luxemburg termina su crítica señalando que es necesario “separar en la política de los bolcheviques lo esencial de lo secundario, lo fundamental de lo accidental”. Lo fundamental para ella es “el poder del movimiento de masas y su pasión del socialismo”. “En este sentido [escribe ella], Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los primeros en dar ejemplo al proletariado mundial. Y aún siguen siendo hoy los únicos que tienen derecho a exclamar como Hutten: “¡He osado!”

Sí; Stalin tiene suficientes razones para odiar a Rosa Luxemburg. Pero tanto mayor es nuestro deber de seguir fieles a la memoria de Rosa contra la calumnia de Stalin, repetida por los funcionarios pagados de los dos hemisferios, tanto mayor es nuestro deber de transmitir en todo su esplendor y su alto poder educador esta figura verdaderamente maravillosa, heroica y trágica a las nuevas generaciones del proletariado.

L. TROTSKY

*Prinkipo, 28 de junio de 1932*

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal\_1917@yahoo.es

---

<sup>9</sup> Rosa Luxemburg, *Sobre la revolución rusa*, página 25 del formato pdf en nuestra serie [Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano](#).